



*Te robaré el
corazón*

ANA ÁLVAREZ

Él es atractivo, sexi, carismático y tiene una vida expuesta al público..., aunque sea falsa.

Ella es dura, fría, desconfiada y esconde celosamente su intimidad... y su pasado.

Las chispas saltan entre ambos desde la primera mirada.

Marina es la diseñadora, encargada y jefa de taller de Sándalo, una de las más prestigiosas *boutique* de Barcelona. Es una mujer enigmática, dura y fría que arrastra un pasado que mantiene oculto incluso a sus más cercanas colaboradoras.

Lucas es ladrón de guante blanco, especializado en joyas. Es carismático, sexi, y las mujeres caen rendidas a sus pies, lo que aprovecha para llevar a cabo sus robos. Ante la inminencia de una gran fiesta en la que piensa dar un golpe, se infiltra como dependiente en la *boutique* donde la mayoría encargará sus vestidos para conocer y elegir entre la selecta clientela a la víctima de su próximo robo.

Marina se ve obligada a aceptar a ese nuevo empleado, pero, a pesar de que no se fía de él, no puede evitar que el magnetismo que desprende la afecte contra su voluntad. La tensión sexual entre ambos es patente desde el primer momento, por mucho que los dos traten de ignorarla.

Él está acostumbrado a robar joyas. Ella solo tiene una que le interese: su corazón.

Índice de contenido

Cubierta

Te robaré el corazón

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Dedico esta novela a todas las personas que han formado parte de mi vida en el mundo de la costura, de diferentes formas: Laura, Rocío, Jose y, especialmente, a mi madre y a mi tía, que me enseñaron todo lo que sé.

Comparto con todos ellos anécdotas divertidas y momentos especiales e inolvidables.

Prólogo

Los hermanos Ortiz se abrazaron con efusividad aquella tarde en que se reunieron en casa del menor, Adrián, para planear su futuro inmediato. Hacía más de un año que no se veían, algo que solían hacer después de cada golpe realizado con éxito. Solo sabían uno del otro a través de Encarna, su madre, que los creía de gira con sus respectivas e inexistentes compañías de teatro. A través de ella se dejaban mensajes más o menos encriptados hasta la hora de reunirse para planificar un nuevo trabajo. Pero no eran actores, aunque Lucas había realizado algunos cursos de interpretación para llevar a cabo su tarea de apropiarse de lo ajeno, sobre todo joyas y obras de arte de pequeño tamaño, fáciles de ocultar y de vender. Él era el brazo ejecutor mientras que Adrián, con la mente más metódica y menos carisma que su hermano, se encargaba de planificar con detalle cada una de las operaciones y de distribuir y vender la mercancía. Lo hacía a través de una red de contactos que el padre de ambos había dejado organizada y funcionando antes de morir cinco años atrás.

Habían formado un buen equipo los tres, jamás les habían pillado, ni siquiera se les había investigado como sospechosos, porque Lucas, que tomó el relevo de su padre realizando las sustracciones, era muy hábil cambiado de identidad en cada uno de los golpes y espaciaban estos durante bastante tiempo. Su carisma y su encanto personal cautivaban tanto a hombres como a mujeres y jamás había

resultado sospechoso de ninguno de los robos que había perpetrado.

Ambos hermanos se parecían bastante, aunque Adrián era algo más bajo y corpulento que Lucas. Los dos habían heredado el cabello oscuro de su padre y un indiscutible atractivo para las mujeres, que usaban para camuflar su actividad delictiva. Pero mientras el mayor tenía los ojos negros, de mirada intensa y pasional, los de Adrián eran claros como los de Encarna y fríos como el hielo.

Ninguno tenía pareja estable porque no querían que se repitiera la situación familiar que habían vivido desde la adolescencia, mintiendo a su madre sobre la realidad de sus medios de vida. Era algo que su padre llevaba a rajatabla, tratando de proteger a Encarna, y ellos se habían visto obligados a seguir sus normas.

Gerardo Ortiz había trabajado solo hasta que sus hijos fueron lo bastante mayores para comprender las actividades de su padre y decidieron unirse a ellas, y hasta su fallecimiento era quien dictaba las normas y organizaba las operaciones. Las giras, como las llamaban en casa. A su muerte, ambos hermanos decidieron que sería Adrián quien se ocupara de la planificación, y Lucas, por su enorme carisma, se encargaría de llevarlas a cabo como llevaba haciendo ya unos años.

Cuando se reunieron, y tras el abrazo, se contemplaron uno al otro, asimilando los cambios producidos durante los meses que habían estado sin verse. La piel morena de Lucas estaba más oscura aún después de pasar bastantes meses en su refugio de la isla de Menorca, donde se ocultaba del mundo hasta que se olvidaba el último robo perpetrado, y su cuerpo delgado rebosaba energía contenida. Por mucho que hubiera practicado deporte para mantenerse en forma, era un hombre que necesitaba acción y la adrenalina que le aportaba su trabajo. Adrián, en cambio, presentaba un aspecto relajado y tranquilo, más acorde con su personalidad. Porque mientras Lucas había ejercitado su cuerpo,

él no dejó descansar a su mente buscando nuevos proyectos.

—¿Cómo estás? —le preguntó a su hermano invitándolo a sentarse.

—Dispuesto para el trabajo —respondió Lucas—. Supongo que ya tienes algo pensado.

—En efecto.

—Esperaba con ganas que mamá me dijera que estabas ensayando una nueva obra de teatro, y me dejó muy sorprendido al comentarme que requeriría un vestuario espectacular.

Adrián mostró un atisbo de sonrisa.

—Pues sí, va de vestuario la cosa.

—Cuéntame.

—Estoy barajando algo especial.

Lucas esbozó una sonrisa torcida, esa que volvía locas a las mujeres y las hacía ciegas y sordas a todo lo que tenían delante que no fuera él.

—¡No te imaginas cuánto me apetece! Los últimos golpes han sido un juego de niños; muy lucrativos, cierto, pero fáciles y aburridos. Ya echo de menos un poco más de acción.

—Este creo que lo será; al menos sé que te va a gustar, porque deberás sacar tus dotes de seducción.

—¡Cuenta! Me encanta eso de la seducción.

Adrián se echó a reír. A su hermano mayor le gustaba mucho desplegar sus encantos delante de las mujeres: no obstante, no se dejaba llevar por ellos, siempre mantenía la mente clara cuando trabajaba. Sabía que la seguridad de los dos estaba en juego.

—Primero una copa... Hace mucho que no nos vemos y quiero disfrutar de tu compañía.

Minutos después, acomodados en el amplio sofá y con sendos vasos en la mano, Adrián expuso sus planes, en espera de la aprobación de Lucas, aunque sabía que este no pondría la menor objeción.

—¿Has oído hablar de la fiesta anual benéfica que celebra Feliciano Peñalver?

—¿El magnate de la construcción?

—Sí.

—El año pasado causó bastante revuelo con una fiesta a la que acudió la flor y nata de toda España. Es lo único que sé, porque salió en todos los medios de comunicación.

—Este año la repetirá, a finales de verano. Y nosotros vamos a aprovecharlo.

—¿Pretendes que dé un golpe en un evento plagado de seguridad tanto pública como privada? Y ni hablar de las cámaras...

—¿No te atreves? —preguntó Adrián, consciente de la descarga de adrenalina que acababa de provocar en su hermano mayor.

—Sabes que sí, pero es arriesgado.

—Lo sé. Lo de dar el golpe allí lo dejo a tu elección, aunque sé que harás lo imposible. Pero de lo que de verdad se trata es de que te infiltres entre las invitadas y evalúes las joyas que luzcan, que no tengo dudas de que será lo mejorcito que posean. A un evento de esa índole no se acude con un colgante de ámbar. Si no puedes actuar allí, ya lo harás en otro momento, una vez decidida la pieza que queremos.

—¿Cómo quieres que asista? Las invitaciones estarán muy controladas y, aunque me presente en la puerta con una buena falsificación, no me permitirán la entrada sin contrastar de forma muy exhaustiva su veracidad.

—No lo harás con una invitación falsa, sino con una de verdad. Tendrás que conseguir que te inviten.

—Fácil fácil...

—Te vas a infiltrar en el taller de alta costura más exclusivo del momento, vas a diseñar el vestido a más de una de las invitadas y deberás usar tu encanto personal para conseguir que alguna de ellas quiera que la acompañes. Cómo lo consigas, lo dejo a tu elección.

—No he diseñado en mi vida ni un calcetín... pero no creas que no me atrae la idea. Es un reto.

—Y no conozco a nadie a quien le guste más un reto que a ti. Te he matriculado en un curso intensivo de costura y diseño, deberás aprender lo suficiente en cuatro meses para dar el pego.

—Eso ya es otra cosa. ¿Y cómo conseguiré que me contraten?

—Porque la *boutique* es la mejor de Barcelona; la jefa de taller, que realiza también la tarea de diseñadora, es un genio con la confección, pero no se le da nada bien halagar a la clientela. Es de las que, si tienes un michelín, lo dice tal cual y no se limita a disimularlo con un corte más favorecedor. Algunas de las clientes habituales están algo descontentas con eso y, si siguen haciendo encargos es porque Marina Salazar es muy buena en su trabajo. La mejor. Sé, de buena tinta, que el dueño de la *boutique* quiere contratar a alguien para que atienda a la clientela y relegarla al taller, donde es imprescindible.

—Si es tan buena notará mi falta de experiencia.

—Tendrás que usar tu encanto para disimularlo. Y contarás con unos conocimientos básicos, que ella no te permitirá mostrar. Las prendas solo las tocan sus dos modistas de confianza y ella misma. Tú atenderás al público.

—Femenino.

—Es una *boutique* especializada en ropa de mujer, sí.

—Creo que me voy a divertir mucho con este trabajo.

Adrián sonrió. A su hermano le encantaban las mujeres, y él a ellas. Pero nunca tanto como para poner en riesgo un golpe, ni la seguridad de ambos. Lucas sabía mantener la cabeza fría por muy caliente que tuviera la bragueta.

—Sabía que te iba a entusiasmar. Eso sí, ojito con la señora Salazar; es un hueso duro de roer. Su fama de mujer estricta y exigente es legendaria.

—¿Pareja?

—No se le conoce en los cinco años que lleva en Barcelona. He hecho algunas averiguaciones sobre ella. Trabajó con uno de los grandes en París, y de buenas a primeras hizo las maletas y se vino a Barcelona para incorporarse como modista a la plantilla de Sándalo. Muy por debajo de su anterior posición, y nadie sabe el motivo. Allí, su buen hacer y su profesionalidad la catapultaron en poco tiempo a diseñar las colecciones y ser la dueña absoluta e indiscutible de la moda barcelonesa. En cuanto a su vida privada, es un enigma. No se deja ver por los locales de moda ni con hombres ni con mujeres. Cuando sale del taller desaparece y nadie sabe dónde.

—En eso estaremos iguales.

—Te conseguiré documentación falsa y un currículum profesional lo bastante sólido para cubrir un mínimo, pero no tanto como para que te exijan lo que no puedes hacer. Y moveré los hilos pertinentes para que te realicen una prueba, que deberás superar por ti mismo.

—¿Tienes dudas sobre eso?

—Ninguna.

—En ese caso, brindemos por el nuevo golpe.

Capítulo 1

Marina entró al probador para preparar la visita de una de sus clientas más difíciles, Dolores Aranda, aunque a sus sesenta y ocho años insistía en que todos la llamaran Lily. Lily medía un metro sesenta y pesaba unos cincuenta kilos conseguidos a fuerza de pasar hambre y no de hacer ejercicio. La piel le caía flácida en los brazos e incluso en los muslos y el vientre, pero se negaba a verlo y a permitir que se lo disimularan con la ropa. Vestía como una quinceañera y se comportaba como tal. Lo único que no tenía arrugada era la cara, hinchada a fuerza de bótox. Cada vez que aparecía por la *boutique* para renovar su vestuario, tanto las modistas como Marina se echaban a temblar, porque sembraba el caos en el bien organizado taller. No obstante, era una clienta fiel y pagaba bien y sin rechistar no solo los modelos sino todos los suplementos y cambios que iba exigiendo en cada prueba. El resultado final de la prenda poco o nada se parecía al diseño original.

Sándalo ofrecía una colección de ropa que se renovaba anualmente y entre cuyos modelos la clientela, de muy alto poder adquisitivo, seleccionaba las prendas que se le confeccionarían a medida según el diseño original o con alguna modificación, pero también en ocasiones especiales se diseñaban prendas exclusivas para quien las solicitara. Lily se adaptaba a las dos líneas de confección, aunque rara vez un modelo de los ya existentes en la tienda se parecía al

original después de pasar por las diversas pruebas que la confección requería.

Tras echar un vistazo al imponente y enorme probador forrado de espejos en tres de sus cuatro paredes y asegurarse de que las perchas donde colgar la ropa estuvieran alineadas y listas, se preparó para la dura prueba que le esperaba. Cuando Lily pedía cita se aseguraba de no recibir a nadie más en la mañana o tarde escogida, porque la elección o prueba de prendas se alargaría bastante.

La esperada clienta se retrasó casi veinte minutos, con la misma excusa de siempre: el tráfico y la imposibilidad de aparcar cerca del concurrido Paseo de Gracia donde estaba ubicada la *boutique*.

—Hola, querida Marina —dijo al empujar la pesada puerta de cristal que daba acceso al interior—. Disculpa el retraso, pero hoy el tráfico estaba imposible. La próxima vez tendré que venir en taxi, pero es tan desagradable viajar en un vehículo donde antes ha estado otra persona...

Marina cerró los ojos un segundo y se mordió la lengua para no responder que siempre decía la misma frase.

—No importa, Lily.

Para Marina la puntualidad era esencial y el tiempo de los demás también, por lo que su frase no resultó todo lo convincente que debería. Se encontraba muy ocupada con la nueva colección que estaban a punto de lanzar y veinte minutos de su tiempo eran muchos minutos.

—¿Qué tienes de nuevo?

—Aún nada. Ya sabes que la colección de verano no estará disponible hasta dentro de quince días, como es habitual.

Aunque a la mayoría de clientas las trataba de usted, Lily le había pedido desde el primer momento que la tuteara, aduciendo que el tratamiento formal la hacía sentirse vieja, algo que no era.

—Ya lo sé, guapa, por eso he venido. Quiero verla antes que nadie.

—Lo siento mucho, pero no hacemos excepciones.

—Seguro que me puedes ensañar algo —dijo la mujer con un guiño—. Soy tu mejor clienta.

Marina suspiró tratando de infundirse calma. No lo era, su mejor clienta era Marta Sarriá que, aunque compraba algo menos, jamás ponía una pega a nada. Eso les hacía ganar tiempo y eficiencia. Lily era un incordio desde el mismo instante en que pisaba la *boutique*.

—No, Lily, lo siento mucho. No puedo enseñarte nada aún.

—Es que tengo el capricho de comprar algo hoy y ya he visto lo suficiente de la colección anterior. No hay nada más que me me resulte atrayente.

—En ese caso, vuelve dentro de dos semanas.

Le molestaba sobremanera ese afán de ser especial, de ir por delante del resto del mundo.

—Lo quiero hoy.

—No es posible, salvo que desees un diseño exclusivo, que realizaré luego y lo tendrás disponible mañana.

—Está bien. —La mujer frunció el ceño, contrariada. Luego recordó que cualquier gesto de la cara podía provocarle una nueva arruga y relajó las facciones—. Echaré un vistazo y veré si podéis adaptarme algo de lo que tenéis para que parezca diferente.

Marina se echó a temblar. Sabía que Lily se vengaría pidiendo lo imposible, que les haría pagar con mucho trabajo la rabieta ocasionada por el hecho de no haberse salido con la suya, como una niña malcriada.

Resignada, la siguió mientras recorría los percheros deslizado una prenda tras otra con escaso cuidado y expresión de repugnancia, como si en lugar de los carísimos modelos estuviera tocando harapos llenos de pulgas. Tuvo que contenerse una vez más para no echarla de la *boutique*. Si fuera la propietaria lo haría sin dudar, pero no era el caso y debía reconocer que la cantidad anual facturada por Lily era considerable. Además, era amiga de una tía del

dueño del negocio, lo que sacaba a relucir siempre que podía para obtener un trato especial. Marina se negaba a ello, lo que ocasionaba alguna que otra queja.

Se detuvo ante un mono de crepé verde largo hasta el suelo y con una caída fabulosa. Una prenda favorecedora y que disimularía a la perfección algún kilo de más en el vientre y caderas de cualquier mujer. Sería perfecto para una cena o una fiesta informal.

—Quiero este, en otro tejido y con algunos cambios.

—Bien. Veamos el muestrario de telas y elige una. ¿Has pensado ya qué cambios quieres hacerle? —preguntó, aunque tenía una ligera idea de lo que iba a pedirle. Cualquier cosa que enseñara más carne.

—Corto y sin espalda.

Marina no entendía el afán de aquella mujer de mostrar unos muslos como palillos y cubiertos de piel arrugada.

—Eso lo convertirá en un modelo de mañana o de tarde, informal. Perderá todo el *glamour* del diseño.

—No, si se hace con la tela adecuada.

Cerró los ojos y visualizó la prenda tal como la quería la clienta y solo encontró adecuada una batista floreada. Lily pasaba los cuadrados de tela del abultado muestrario y se detuvo en un muaré rosa pálido. Un tejido recio que jamás permitiría la caída suave que la prenda necesitaba.

—Esta.

—Si me permites un consejo...

—Quiero esta tela. —No había asomo de duda en su voz ni en su cara. Había decidido y Marina era consciente de ello. También de que cuando hicieran la primera prueba no le gustaría nada el resultado. El muaré era una tela para grandes celebraciones y Lily quería usarla para un mono playero, que era en lo que iba a convertir el precioso diseño. Aun así, insistió tratando de evitarle a Carmen, la modista más experimentada y que efectuaba en las pruebas las interminables modificaciones que debería llevar a cabo en la prenda para satisfacer a la mujer.